

RENACIMIENTO

I

El ritmo, el gran rebelde, me rinde vasallaje,
y cuando quiero ríe, y cuando quiero vuela,
y he domado á mi estilo como á un potro salvaje,
á veces con el látigo y á veces con la espuela.

Conozco los secretos del almá del paisaje,
y sé lo que entristece, y sé lo que consuela,
y el viento traicionero y el bárbaro oleaje
conocen la invencible firmeza de mi vela.

Amo los lirios místicos y las rosas carnales,
la luz y las tinieblas, la pena y la alegría,
los ayes de las víctimas y los himnos triunfales.

Y es el eterno y único ensueño de mi estilo
la encarnación del alma cristiana de María
en el mármol pagano de la Venus de Milo.

II

AVE, FÉMINA

Te vi muerta en la luna de un espejo encantado.
Has sido en todos tiempos Elena y Margarita.
En tu rostro florecen las rosas de Afrodita
y en tu seno las blancas magnolias del pecado.

Por ti mares de sangre los hombres han llorado.
El fuego de tus ojos al sacrilegio incita,
y la eterna sonrisa de tu boca maldita
de pálidos suicidas el infierno ha poblado.

¡Oh, encanto irresistible de la eterna Lujuria!
Tienes cuerpo de Angel y corazón de Furia,
y el áspid, en tus besos, su ponzoña destila...

Yo evoco tus amores en medio de mi pena...
¡Sansón, agonizante, se acuerda de Dalila,
y Cristo, en el Calvario, recuerda á Magdalena!

III

LA SONRISA DEL FAUNO

Hay rosas que se abren en selvas misteriosas
y mustias languidecen, nostálgicas de amores,
sin que haya quien aspire sus púdicos olores...
¡Hay almas que agonizan lo mismo que esas rosas!

Las mariposas tienden sus alas temblorosas
y en una loca orgía de luces y colores,
ebrias de amor expiran en tálamos de flores...
¡Hay vidas que se acaban como esas mariposas!

«¡Oh, púdicas vestales! ¡Oh, locas meretrices!
¿Quiénes son más hermosas? ¿Quiénes son más felices?»
Los hombres preguntaron, en una edad lejana,

á un Fauno que en las frondas oculto sonreía...
Hace ya muchos siglos... Y en la conciencia humana
el Fauno, á esa pregunta, sonríe todavía.

IV

P A N

Soy un alma pagana. Adoro al dios bifronte
y persigo á las ninfas por las verdes florestas,
y me gusta embriagarme en mis líricas fiestas
con vino de las viñas del viejo Anacreonte.

¡Que incendie un sol de púrpura de nuevo el horizonte;
que canten las cigarras en las cálidas siestas,
y que dancen las vírgenes al son del sistro, expuestas
al violador abrazo de los faunos del monte!

¡Oh, viejo Pan lascivo!... Yo sigo la armonía
de tus pies, cuando danzas. Por ti amo la alegría
y las desnudas ninfas persigo por el prado.

¡Tus alegres canciones disipan mi tristeza,
y la flauta de caña que tañes me ha iniciado
en todos los misterios de la eterna Belleza!

V

PAGANA

El cisne se acercó. Trémula Leda
la mano hunde en la nieve del plumaje,
y se adormece el alma del paisaje
en un rojo crepúsculo de seda.

La onda azul, al morir, suspira queda;
gorjea un ruiseñor entre el ramaje,
y un toro, ebrio de amor, muje salvaje
en la sombra nupcial de la arboleda.

Tendió el cisne la curva de su cuello,
y con el ala—cándido abanico—,
acarició los senos y el cabello.

Leda dió un grito y se quedó extasiada...
Y el cisne levantó, rojo, su pico
como triunfal insignia ensagrentada.

VI

VENUS DE MILO

De la Grecia y de Italia bajo los claros cielos
en tu honor se entonaron los más dulces cantares,
y ofrecieron las vírgenes al pie de tus altares
las tórtolas más blancas y sus más ricos velos.

Hoy triste y solitaria, en el parque sombrío,
carcomida y musgosa, los brazos mutilados,
bajo la pesadumbre de los cielos nublados
el mármol de tu carne se extremece de frío.

¿Dónde se alzan ahora tus templos, Afro lita?
Ya la Pánica flauta en los bosques no invita
á danzar á los sátiros danzas voluptuosas.

Ha huido la Alegría, ha muerto la Belleza...
No hay risas en los labios y una inmensa tristeza
cubre como un sudario las almas y las cosas.

VII

HISTÉRICA

Enferma de nostalgias la ardiente cortesana,
al rojizo crepúsculo que incendia el aposento,
su anhelo lanza al aire, como un halcón hambriento,
tras la ideal paloma de una Thule lejana.

Sueña con las ergástulas de la Roma pagana;
cruzar desnuda el Cosso, la cabellera al viento,
y embriagarse de amores en el Circo sangriento
con el vino purpúreo de la vendimia humana.

Sueña... Un león celoso veloz salta á la arena,
ensangrentando el oro de su rubia melena.
Abre las rojas fauces... A la bacante mira,

salta sobre sus pechos, á su cuerpo se abraza...
¡Y ella, mientras la fiera sus carnes despedaza,
los párpados entorna... y sonriendo expira!

VIII

ANACREÓNTICA

Para escanciar el vino de mi viña temprana,
Fidias, divino artífice, en marfil y oro puro
modeló fina copa, sobre el más blanco y duro
seno que sorprendiera jamás pupila humana.

Son dos ninfas en arco las asas de esa copa,
y en ella están grabados, entre vides y flores
y sátiros que acechan, los lúbricos amores
de Leda con el Cisne, y el Toro con Europa.

Amada, ¡bebe y bésame! Al destino no temas,
que al borde de la copa rebosante de gemas,
cinceló Anacreonte estos versos divinos

cuyo ritmo el secreto de la existencia encierra:
—Bebé, ama y alégrate mientras sobre la tierra
haya labios de rosas y perfumados vinos.

IX

CAMAFEO

Con el fervor de un lapidario antiguo,
quiero miniar, á solas y en secreto,
la tentación de tu perfil ambiguo
en las catorce gemas de un soneto.

Para nimbar tu tez blanca y severa,
á modo griego, cual real tesoro,
recogerá tu negra cabellera
sobre la nuca un alfiler de oro.

En líneas escultóricas plegada
la túnica é inmóvil la mirada
con la clásica unción de las flautistas...

La siringa en el labio, y temblorosos
sobre el registro, en gestos armoniosos,
tus dedos enjoyados de amatistas.

X

POSTUMA

Para cantar mi muerte quiero un verso pagano;
un verso que refleje la cándida tristeza
del azahar, que, trémulo, deshoja su pureza
á las blancas caricias de una tímida mano.

No amortajad mi cuerpo con el sayal cristiano;
ceñid de rosas blancas mi juvenil cabeza,
y prestadme un sudario digno por su riqueza
de envolver á un fastuoso emperador romano.

¡Que abra la cruz sus brazos en negra catacumba!
Yo amo al sol, luz y vida, y quiero que en mi tumba
broten, cual dulces versos, las más fragantes flores.

Y que al son de la flauta y del sistro, en la quieta
tarde, las locas vírgenes tejan danzas de amores
en torno de la estatua de su muerto poeta.

XI

LA MUERTE DEL SÁTIRO

Llueve... En el viejo bosque de ramaje amarillo
y grises troncos húmedos, que apenas mueve el viento,
bajo una encina, un sátiro de rostro macilento,
canciones otoñales silba en su caramillo.

De vejez muere... Cruzan por sus ojos sin brillo
las sombras fugitivas de algún presentimiento,
y entre los dedos débiles el rústico instrumento
sigue llorando un aire monótono y sencillo.

Es una triste música, vieja canción que evoca
aquel beso primero que arrebató á la boca
de una ninfa, en el claro del bosque sorprendida.

Su cuerpo vacilante se rinde bajo el peso
de la Muerte, y el último suspiro de su vida
tiembla en el caramillo como si fuese un beso.

XI

LA MUERTE DEL SÁTIRO

XII

LA ÚLTIMA ELEGÍA

¡Alma mía! Soñemos con la estación florida.
Abril, lleno de rosas, á nuestro encuentro avanza...
El Arte será el último refugio de la Vida
cuando ya no tengamos ni en la Vida esperanza.

No aceptes de otras manos lo que yo pueda darte.
Siembra en tu propia tierra tus futuros laureles...
¡Haz de tus penas mármoles y de tu amor cinceles,
para elevar con ellos un monumento al Arte!

Teje nuestro sudario de mirtos y de flores.
Labremos un sarcófago digno por su riqueza
de encerrar las cenizas de dos emperadores.

Y cincela en su lápida nuestra última elegía:
— Aquí yacen dos almas que han muerto de tristeza
llorando las nostalgias de su eterna alegría.

XII

LA ÚLTIMA ELEGÍA

VENECIANA

La vieja mandolinata
¿ya no recuerdas, mi amor?...
¡Olorosa serenata
de nuestros sueños en flor!

La serenata que era
en las noches silenciosas
como un perfume de rosas,
besos de la primavera.

No sueñes con las canciones
que sus cuerdas te entonaron...
lirios que se deshojaron
bajo tus altos balcones...

A sus acordes lejanos
—la vela tendida al viento—
cruzaba mi pensamiento
los canales venecianos.

En marmórea escalinata,
al pie de una celosía,
un paje rubio tañía
la vieja mandolinata.

Sobre las ondas verdosas,
bajo la noche estrellada,
nuestra góndola dorada
iba de nardos, de rosas

y de jazmines cubierta,
y tú, de blanco vestida,
entre mis brazos dormida,
pálida como una muerta...

La vieja mandolinata
¿ya no recuerdas, mi amor?...
¡Olorosa serenata
de nuestros sueños en flor!

PERFUME ANTIGUO

Abrí con mano perezosa y trémula
el viejo estuche de oxidada plata,
y una esencia sutil de flores mustias
derramó sus perfumes por la estancia.

El otoñal crepúsculo bruñía
las nobles armaduras; arrancaba
relámpagos de sangre á los damascos;
temblaba en el cristal de las arañas,
y un incendio de púrpura fingía
en las antiguas lunas venecianas.